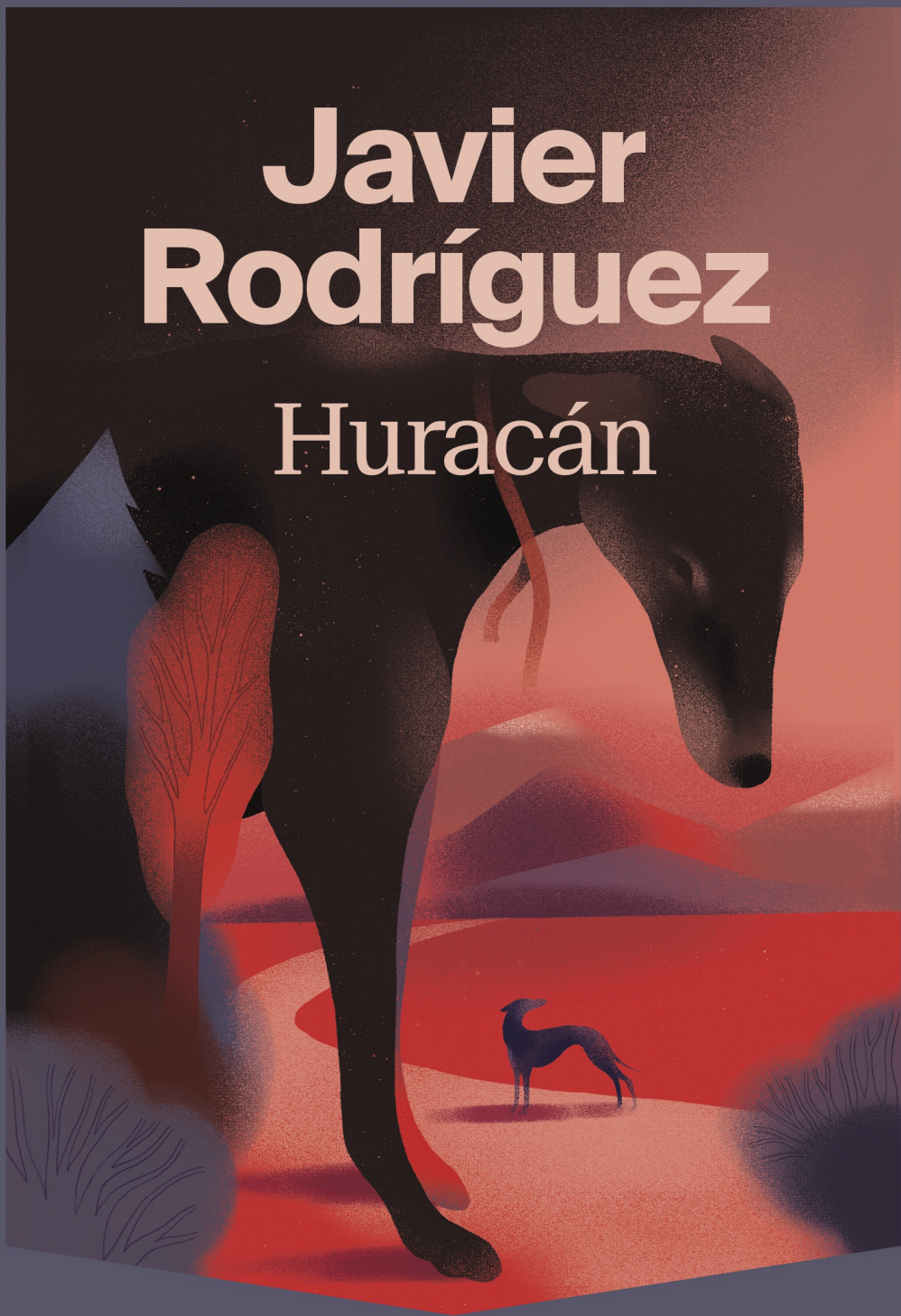


**Javier
Rodríguez**

Huracán

AdN



Javier
Rodríguez
Huracán

AdN

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de cubierta: Compañía
Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Javier Rodríguez Álvarez, 2026
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-33-0
Depósito legal: M. 24.764-2025
Printed in Spain

Para Pina y Olimpia

*Yes, that's the story of the Hurricane
But it won't be over 'til they clear his name
And give him back the time he's done
Put in a prison cell, but one time he could-a been
The champion of the world.*

Hurricane, BOB DYLAN

Porque tú estás unido a uno de los seres más admirables
que ha creado la Naturaleza. Un perro vale muchos
hombres, Bobi, y rastreando la historia moderna y la
historia antigua encontrarás estampada su huella,
la singular huella breve de su pie en muchos episodios
de la vida pública y privada, creo, criatura, que no
debieras avergonzarte de ser un poco perro sino de
no serlo completamente.

Patas de perro, CARLOS DROGUETT

Cautiverio

Huracán

Francisco Bauer sintió cómo las gotas de sudor descendían por sus sienes y se empozaban en los orificios de unas orejas ya peludas por la edad y que él no se molestaba en amaestrar. Soltó a una de las liebres más gordas. Quería que la pillaran pronto. Un entrenamiento de rutina, casi un estiramiento, como cuando los futbolistas asisten al gimnasio el día después de un partido para soltar los músculos agarrotados después de tanto perseguir el balón.

Él mismo la había escogido. Hacía un tiempo ya que no podía confiar en Juan: se encariñaba con todos los animales, incluso con los conejos que ocupaban como presas. Séptimo de Línea, Ixchel, Chino Ríos y Rengo esperaban con impaciencia, llorando ansiosos, sostenidos todos con sogas amarradas al cuello por el propio Juan. Al mismo collar al que estaban atados llevaba una de esas cámaras personales que ocupan los ciclistas o que ponen los taxistas en Santiago para tener pruebas por si los asaltan.

Uno de los perros aguardaba en calma. Huracán, el campeón. Un *whippet* negro con una mancha blanca en el pecho y patas del mismo color, como si fuera un galgo con calcetines. Como Michael Jackson. Los demás: un inglés, un americano, un afgano y una española. Todos habían llegado después que él a la parcela de Francisco. Más fuertes, más jóvenes, quizá más finos. Más caros, de seguro. Pero ninguno tan rápido como Huracán.

Juan tiraba de las cuerdas con fuerza, casi siendo arrastrado por las bestias ansiosas de sangre. Estaba seguro de que Francisco demoraba la orden solo para fastidiarlo, para llevarlo al límite, como siempre hacía. Resbalaba contra la tierra seca y el pasto amarillento, intentando contenerlos, mientras la liebre se perdía por el sendero, entre la chatarra que adornaba el yermo campo de su dueño.

Luego de varios segundos de ventaja, Bauer dio la orden de liberar a su campeón y al resto de los galgos, que partieron despegándose del piso, chocando entre ellos, aullando y ladrando.

Uno, el choiquero, dio de lleno contra una carretilla de fierro oxidado, quedando fuera de combate. Los demás corrían con furia, olfateando con fuerza, casi aspirando el piso, barriendo cada centímetro.

Salvo uno.

Francisco se dio cuenta rápido de que, en ese momento, se convertía en un testigo privilegiado del momento que tanto temió: en vez de imitar los quiebres de

cintura de la liebre, Huracán corrió en línea recta, buscando atajos, desconfiando de su instinto. Pensando. Eso, había escuchado en el pueblo, era un signo inequívoco de que su carrera como velocista estaba acabada.

Sintió las risas del pueblo, las burlas, las mismas de las que fue objeto cuando se acercó al canódromo por primera vez y fue humillado por no manejar los códigos de ese mundo que seguía observando con la distancia del que viene de la gran ciudad.

Huracán se demoró casi lo mismo que antes en capturar el botín, que chillaba como un recién nacido y que no paraba de sangrar. A pesar del cambio en su estrategia, o de la decisión del perro de seguir una estrategia, igual logró capturarla antes que el resto de los competidores, que bufaban frustrados a su alrededor. Dado el respeto que le tenían, ni siquiera intentaban quitarle la liebre del hocico.

Francisco no lo felicitó: sabía que la decadencia comenzaba y no había cómo frenarla.

Entonces se acercó al perro, lo tomó de una oreja y le dijo al oído: eres un viejo de mierda, débil. Ahora sí que no sirves para nada.

Ahora sí que nadie te va a querer.

Luego de revisar la grabación de la última cacería desde el punto de vista de Huracán en su computador —varias veces, cuadro por cuadro—, Francisco apuró el último

concho de su vaso corto y salió de la oficina. Se pasó la lengua por los dientes en busca de una última gota de licor mirando sus trofeos. ¿Eran suyos o de los galgos? Suyos si él los había entrenado. Sin ayuda de nadie ni conocimiento previo de la disciplina. Ellos solo corrían detrás de un objetivo. Él sacaba provecho de su animalidad.

En el video notó que la liebre alcanzó a esconderse en una madriguera reseca, donde no cabía el hocico de ningún perro. Huracán fue el único que decidió detenerse y olfatear con paciencia hasta encontrarla, mientras el resto seguía corriendo alrededor del campo, cansándose sin sentido.

Cuando un galgo se detiene y decide pensar, sus días como corredor están acabados.

La frase se repetía sin cesar en la cabeza de Francisco.

Huracán había sido el primero. Nunca le habían gustado los animales. Los despreciaba. Pero aquel exsocio que le seguía debiendo dinero le juró que podía hacer plata con el cachorro de seis meses que le ofrecía en parte de pago. Su entrenamiento ni siquiera era complicado: bastaba con mantenerlo flaco y ágil. Lo demás lo hacía la genética, algo que llevaba en la sangre si era hijo de campeones, heredero de alguna tradición. Le estaba entregando uno de sus mejores prospectos.

Llévalo a un veterinario y verás la bestia que te estoy regalando. Te hará rico. Acá están sus papeles del Kennel Club.

Si lo veía como una herramienta, podía hacer la excepción. Como las mulas, las yeguas de tiro o las ballenas que sirvieron para iluminar el siglo XIX con su aceite.

Aceptó porque llevaba unos meses viviendo en Paine, donde se había instalado luego de jubilarse. Un pueblo rural y aburrido, cerca en kilómetros pero alejadísimo en todo lo demás de Santiago, donde no tenía mucho con lo que matar el tiempo, aparte de molestar a Juan y Estefanía, los hijos de Norma, la mujer a la que le pagaba con alojamiento y comida por sus servicios de aseo y mantención de la casa. Le gustaba creer que la mediagua donde vivían, en el mismo terreno, era una extensión del canil. Se esforzaba para que ellos tuvieran la vida de perros que merecían. Por flojos y por ignorantes.

Malagradecida, el que es pobre es porque quiere, le gritó una vez a Norma cuando esta le pidió formalizar su relación laboral con un contrato. Como si alguna vez él le hubiera dado algún motivo para desconfiar.

Una idea que confirmaba cada fin de semana en el canódromo del pueblo, la pista de ripio donde echaban a correr a los galgos los fines de semana. Allí los trabajadores de la fruta, las empleadas domésticas y los obreros despilfarraban sus ínfimos sueldos apostando en los perros, poniendo sus esperanzas de un futuro mejor en esos animales casi transparentes de tan flacos.

Cuando su exsocio le ofreció el animal, vio no solo una oportunidad de negocio, sino también una forma

de matar los días que le quedaban por delante y que sentía cada vez más largos. De alargar su propia carrera.

* * *

Luego de semanas en las que tuvo que soportar todas las noches el punzante y lastimero llanto del cachorro incapaz de dormirse en la logia y de gastar plata en alimento y la mantención de los conejos, por fin podría empezar a recuperar la inversión.

Juan, el hijo de Norma, escuchaba el lloriqueo desde su casa, pero Francisco les había advertido: cuidado con aguacharme al perro, no quiero que se ponga inútil como ustedes, que solo gastan. Como era incapaz de soportarlo, se acomodaba los audífonos y ponía a todo volumen la radio del *walkman* que encontró entre la chatarra de su patrón.

Una mañana, a las pocas semanas, Bauer metió al perro de cuatro meses en una mochila, la cerró y partió al canódromo. Un viejo que parecía ser el organizador de las carreras, de tupido bigote de canas amarillas, vestido con una camisa a cuadros, *jeans* y un cinturón cuya enorme hebilla simulaba ser la cabeza de un pitbull, le preguntó si había corrido otras veces.

¿Sabe en lo que se está metiendo?

Tiene que venir el próximo viernes en la mañana. Acá mismo se hacen las inscripciones. Si el animal no ha corrido antes, le recomiendo que lo ayude.

¿Ayudarlo cómo?

Huracán lloraba en la mochila que Francisco sacudía para callarlo.

Usted sabe. Igual como se ayuda uno cuando lo necesita. Anabólicos, cocaína, viagra. Y ábrale un poquito o se le va a ahogar el animal.

Convenientemente, el mismo organizador vendía todo tipo de ayudas. Francisco partió habiéndole comprado coca, pero no se la dio al perro. Intuyó que Huracán no necesitaba nada para ganar.

Su antiguo dueño le dijo: cómprate un conejo, suéltalo y, luego de un rato, libera al galgo. Vai a quedar loco.

Y así fue. La primera vez que lo vio despegar, sintió como si fuera él quien corría. La determinación absoluta, los ojos inyectados en sangre, el movimiento indistinguible de tan rápido. A los pocos segundos llegaba con la liebre en el hocico. Se la tenía que quitar para que no la despedazara y dejara todo regado de sangre gruesa y hedionda a fierro. Decidió llamarlo Huracán. Un nombre que imponía respeto, que arrasaba con todo y con todos. Como se imaginaba a sí mismo.

Mientras recordaba aquellos primeros días, salió de la parcela y fumó el último cigarro de la jornada observando cómo las estrellas también se apagaban.

Francisco cayó en la cuenta de que nunca volvería a tener un perro como Huracán. Bastaba con compararlo con los demás ejemplares de su especie. Y eso confirmaba una sospecha aún peor: tendría que retirarlo para no manchar la fama que se había labrado. Después de la última carrera, dejaría las pistas como el campeón que era. Su campeón.

Tomó las llaves y se fue al bar La Cruz, al lado de la parrillada Los Buenos Aires de Paine. No quería estar en su casa. No soportaba el aullido lastimero ni de los galgos ni de Juan, menos de Norma. No les contaría el destino del perro. Él era el dueño. De Huracán, de la casa, también de ellos. Necesitaba sentir las miradas de envidia de la gente del pueblo, cómo se apocaban cuando llegaba. Quizás sería una de las últimas veces que experimentaría esa superioridad. Allí pediría el trago más caro, a viva voz.

El ambiente dentro del bar era caluroso. Los zapatos se pegaban en el viscoso suelo de cemento sin pintar. Reconoció las caras de otros criadores y de uno de los chinos del *mall*. Todos sentados sobre jabas de bebida frente a descascaradas mesas de plástico. Parecía que todo el pueblo, menos Juan y su familia, estaba allí. La cumbia de fondo silenciaba las conversaciones.

Mozo, tráeme el whisky más caro.

No, no un vaso, la botella.

Las miradas se volvieron hacia él.

El garzón llegó con el licor y le preguntó si acaso estaba celebrando algo. Francisco le hizo un gesto

como para que se acercara y le explicó al oído que no estaba festejando, que lo suyo era lo más parecido a un velorio, a un último trago antes del balazo final. Que su campeón había decidido morir, que la próxima sería su última carrera, que sus días de campeón se habían acabado.

Los vasos se sucedieron. Recordó los brazos desnudos de Ginette Acevedo en el Festival de Viña, su voz angelical cantando *La torcacita* en 1971. Lloró recordando a su hijo. Eructó varias veces sin disimulo, interrumpiendo los comentarios en susurros sobre su estado, las cuentas que sacaban los garzones luego de la revelación.

Oiga, comparta, si se pidió la botella completa. No hay que ser avaro en esta vida.

Por qué tendría que convidarte algo yo a ti, roto de mierda. Ya suficiente le he dado a este pueblo.

La afrenta no causó el efecto esperado. Los parroquianos se rieron.

Métase la botella en la raja entonces, viejo culiao, escuchó.

Se levantó y se paró arriba de la enclenque mesa de plástico, haciendo equilibrio con los brazos.

Por algo viven en este pueblo roñoso, en cualquier ciudad los patearían en el piso. No sirven para otra cosa que para sacar sandías, no tienen cabeza para trabajos que no sean de fuerza, que requieran un mínimo intelecto. Son mierda. Cualquiera de mis perros es más inteligente, más fuerte, más valioso que ustedes, bestias. En vez de aprender de mí, de intentar ganarme, se

contentan con pedirme un conchito, mis restos. Váyanse a la chucha.

De nuevo nadie le respondió. Los murmullos dejaban en evidencia lo que el pueblo pensaba de él. No es que ellos fueran los parias, el extranjero era Francisco Bauer. Él era el loco de la plaza, el falso profeta que nadie escuchaba, por más que hubiera tenido la suerte de cruzarse con el mejor perro de la historia.

Seguía con su bravata cuando sintió el temblor. En su camino al baño, una niña de no más de quince años pasó por el lado de su mesa y le dio una patada tan fuerte que terminó desestabilizándolo y con él dándose de bruces contra el piso.

Nunca se dio cuenta de que había sido Estefanía, la hija de Norma, hermana de Juan.

Las carcajadas estallaron, la gente aplaudía. El chino del *mall* se agarraba el estómago sin poder parar de reír.

A las tres de la mañana, Francisco Bauer dejó cinco billetes de veinte mil pesos encima de la mesa, luego de levantarla, y se alejó a los tumbos.

Chao, conchas de su madre.

Nadie se acercó a ayudarlo.